



TIEMPO, RELATO Y ESCRITURA NOVELESCA EN *EL CRITICÓN*

Benito PELEGRÍN

Université de Provence Aix-Marseille (Francia)

benito.pelegrin@orange.fr

Recibido: 1 de marzo de 2023

Aceptado: 12 de marzo de 2023

<https://doi.org/10.14603/10G2023>

RESUMEN:

En su novela alegórica en tres partes, Gracián calca las edades de la vida sobre las cuatro estaciones del año y las etapas geográficas del curso vital de los héroes. Ofrece la paradoja de un primer tomo abarcando «primavera» y «estío», recalcando la disparidad de edades entre el varón otoñal, Critilo, que parece fuera del padrón temporal inicial, y el mozo primaveral Andrenio, el único que, en adelante, estará al parecer en adecuación coherente con las estaciones del año y de la vida. Se intenta mostrar cómo, partiendo de la vaga mención histórica de «el católico Filipo» y un juego de *analepsis*, relatos retrospectivos que rompen la secuencia cronológica, Gracián, acorde con los cánones de las edades de su época, hace concordar sus héroes dispares con las estaciones de la vida. En consonancia con la lógica geográfica del itinerario de esta novela abstracta, se confirma aquí la coherencia cronológica de las edades en el recorrido espacio-temporal.

PALABRAS CLAVE:

estaciones, edades de los héroes, tiempo, relato, escritura metafórica espacio-temporal.

ARTENUEVO

Revista de Estudios Áureos

Número 10 (2023) / ISSN: 2297-2692

TIME, NARRATION, AND FICTIONAL WRITING IN *EL CRICÓN*

ABSTRACT:

In his three-part allegorical novel, Gracián traces the ages of life over the four seasons of the year and the geographical stages of the heroes' life course. He offers the paradox of a first volume covering "spring" and "summer", emphasising the disparity of ages between the autumnal male Critilo, who seems to be outside the initial temporal pattern, and the springtime boy Andrenio, the only one who, from now on, will seem to be in coherent accordance with the seasons of the year and of life. An attempt is made to show how, starting from the vague historical mention of "the Catholic Philip" and a game of analepsis, retrospective accounts that break the chronological sequence, Gracian, in accordance with the canons of the ages of his time, matches his disparate heroes with the seasons of life. In keeping with the geographical logic of the itinerary of this abstract novel, the chronological coherence of the ages in the spatio-temporal journey is confirmed here.

KEYWORDS:

Seasons, Ages of Heroes, Time, Story, Spatio-Temporal Metaphoric Writing.



1. LAS ESTACIONES DE LA VIDA

El tiempo humano, «el curso de la vida en un discurso», es tema declarado del *Criticón* de Baltasar Gracián, con sus tres tomos que tienen fronteras temporales: I. «En la primavera de la niñez y en el estío de la juventud», II. «Juiciosa cortesana filosofía en el otoño de la varonil edad», III. «En el invierno de la vejez».

Cuatro estaciones en tres tomos

En el umbral (sentido de Genette 1987) del texto, «A quien leyere», de esas tres partes de una novela que propone un tiempo humano metaforizado en cuatro estaciones de un año, se nota de entrada una infracción del primer tomo que condensa dos en un solo volumen: «la primavera de la niñez» y «el estío de la juventud». No vuelvo al simbolismo ignaciano del cuatro¹ hecho trino, reducido a la trinidad, que traté en mi lejano doctorado y un ensayo (Pelegrín, 1982 y 1985). Señalo solo que la construcción de la novela, por un ingenioso artificio ya comentado en la *Aguidez*, le permite a Gracián conservar la ficción de cuatro estaciones iguales a pesar de encajarlas en tres tomos. En efecto, se le antoja más atractiva que la lógica narración cronológica la que empieza por el medio, en «media res», digamos más o menos, considerando las edades dispares de los dos héroes.

La novela inicia, pues, la narración por un principio que no es raíz del relato. Desde el segundo párrafo se supone que estamos en un medio de la vida, bastante avanzado para nuestro Critilo, definido como «cisne canoro» por lo cano. El personaje, pues, está como desplazado temporalmente con esta primera parte infantil, como si, por *prolepsis*, rompiendo la secuencia cronológica a partir mismo de este inicio, irrumpiendo cronológicamente, su edad anticipara unas estaciones posteriores, por lo menos otoño cuando no invierno.

Salvado por el joven salvaje criado por animales, le va con paciencia a enseñar la lengua humana.

Paréntesis temporales: relatos retrospectivos

Aunque abreviado por las dotes del muchacho, el tiempo de ese aprendizaje metaforiza el tiempo que pasa, haciendo del párvulo un adolescente capaz de hacer «prodigiosa relación de sí» (Gracián, *El Criticón*, I, 1) en su gruta y fuera. A su vez,

¹ Los *Ejercicios espirituales* son de cuatro semanas desiguales, siendo la primera la más larga. Me refiero a Pelegrín (1985), ensayo extraído de Pelegrín (1982).

Critilo le relata sus desdichas que le valieron ser echado al agua y llegar a la orilla de esta isla desde Goa en la India.

De modo que ambos relatos respectivos y retrospectivos de los héroes (Crisis I a IV), que descubriremos padre e hijo, por sugestión de *analepsis*², metaforizan un primer tomo potencial que hubiera podido contar diacrónicamente la procreación, el nacimiento, la infancia del menor, al cual van a cuadrar a continuación las estaciones simbólicas de la vida, con un Critilo que está siempre en un desfase temporal por adelantado en edad. La *estasis*, el paréntesis temporal que constituyen esos dos relatos, que estancan la *kinesia*, la dinámica del curso del discurso, con episodios anteriores que rompen la secuencia cronológica, es un modo de recuperar un pasado remoto a dos escalas (la del mayor y del joven), que resulta el cuarto pilar ficticio que falta de la simétrica construcción ficcional en cuatro estaciones de la vida reducidas, de manera paradójica, en tres tomos. Critilo podía haber encajado en esa «Primavera y estío» de su vida juvenil que relata al joven, quedando esta vez Andrenio excluido, aunque incluido en la preñez de Felisinda, fruto de los amores mozos con Critilo. Sería tal vez un «careo condicional fingido, y ayudado» de la *Agudeza* (Discurso XV) que restablece, por el juego implícito, una manifiesta ausencia de simetría.

Círculo divino del tiempo natural

Para Gracián, la infancia no es más que un umbral de la verdadera vida, la que asoma solo con la racional. Esta empieza, según los cánones del Cuarto Concilio de Letrán (1215), a los siete años, definidos «edad de razón». Andrenio tendrá, pues, esta edad cuando, en la «razón de sí» que va dando a Critilo, cuenta que, aun en su cueva, «con las interiores tinieblas del ánimo», le «salteó» «un grande golpe de luz» que la nota marginal explicita como «La luz de la razón» (Gracián *El Criticón*, I, 1, pág. 16), con la interrogación existencial del niño: «¿soy o no soy?», «si soy, ¿quién soy?». Recuerdo que, según decretó el mismo concilio, la edad núbil del varón, su mayoría sexual, era de catorce años (tal vez cuando el lance con Falsirena —Gracián, *El Criticón*, I, 12), la mayoría civil siendo de veintiuno. La juventud, *Autoridades* la define así (s. v.): «El tiempo de la edad de joven, que comienza desde los catorce, y llega hasta los veinte y un años; MOCEDAD [es] El tiempo desde los catorce años, hasta la edad varonil».

² Los brazos salvadores de Andrenio son «amarras de un secreto imán» (Gracián, *El Criticón*, I, 1, pág. 12; en romano, la parte de la novela, y en árabe, el número de la crisis).

Pues, el recorrido del primer tomo del *Criticón* sigue esas pautas canónicas y también simbólicas oficializadas en los diccionarios, coincidiendo *Autoridades* con el *Covarrubias*, repitiendo su tipología del vocablo EDAD (s. v.): «La vida del hombre se divide en siete términos o edades, que son niñez, puericia, adolescencia, juventud, virilidad, vejez y decrepitud».

Es lo mismo lo que glosa largamente Gracián: las etapas de la vida del hombre andan por siete en las primeras líneas de la Segunda parte (Gracián, *El Criticón*, II, 1, pág. 22), no por nada *Otoño de la varonil edad*, «Reforma universal». La plena «vida racional» «llega al fin», «siempre tarde». Es, pues, una adquisición de todo el recorrido de la vida, «se reconoce ser hombre, trata de ser persona» (*Ibid.*).

Entonces, la búsqueda que será de Felisinda, esposa y madre, corre pareja con la de la vida racional. Solo puede iniciarse de estar Andrenio, la parte sensitiva del hombre, ya iniciado en razón y cultura por Critilo, su parte intelectual, cuando salen del paréntesis temporalmente estático y extático por lo paradisíaco de la isla de Santa Elena, al abordar por fin en Europa, «Entrada del mundo» (Gracián, *El Criticón*, I, 5), principio lineal de la peregrinación.

Tiempo circular

Durante toda la temporada aislada no por nada en la isla (crisis de 1 a 3), se trata de un tiempo circular que se anula y renueva por repetición, el del ciclo de la Bella Naturaleza, opuesto al tiempo lineal fatal del hombre, eternidad y finitud enfrentadas. Se maravilla Andrenio viendo «tanta mudanza con tanta permanencia, que todas las cosas se van acabando, todas ellas perecen, y el mundo siempre el mismo, siempre permanece» (Gracián, *El Criticón*, I, 3, pág. 35).

Y llega la conocida explicación de Critilo sobre el origen divino de esa circularidad del tiempo natural:

Trató de las cosas de modo el supremo Artífice —dijo Critilo— que ninguna se acabase que no comenzase luego otra, de modo que de las ruinas de la primera se levanta la segunda. Con esto verás que el mismo fin es principio, la destrucción de una criatura es generación de la otra. Cuando parece que se acaba todo, entonces comienza de nuevo; la naturaleza se renueva, el mundo se remoja, la tierra se establece y el divino gobernó es admirado y adorado. (Gracián, *El Criticón*, I, 3, pág. 37)

Es la tercera crisis desde el principio. Tres crisis antes del final de la novela, vuelve el tema de la circularidad del tiempo con «La Rueda el Tiempo» (III, 12). Pero ese tiempo en círculo ya no es el tiempo consolador de los ciclos de una Naturaleza eterna y buena, impoluta, anticipando la de Rousseau, sino el que hace girar la fatal Fortuna: concepto heracliteano y estoico, no es la vuelta a lo mismo regenerado, remozado, renovado, no la vuelta a lo idéntico sino, como lo será el «Eterno retorno» de Nietzsche (1985)³, una vuelta a un mismo en la diferencia, a un igual o equivalente acrecido en el mal y desgracia en el tiempo histórico, de la Historia hecha y corrompida por los hombres.

Entre esos dos tiempos circulares, el de la idílica isla, el principio del nacimiento de Andrenio, y el que precede, tras su muerte, la entrada de los «dos peregrinos del mundo» en la final «Isla de la Inmortalidad», discurre la línea recta, irreversible, del tiempo humano que no se compara ya a un año con el ciclismo de las estaciones sino para mostrar su ineludible caducidad frente a la naturaleza.

La isla del principio es, pues, como un paraíso terrenal, un Jardín del Edén antes de la caída en la culpa y en el tiempo destructor, bañado en un modo de intemporalidad finalmente de esos ciclos naturales que, dando la vuelta en un año, actúan al modo de esos primeros relojes de una sola aguja que, dando la vuelta a su esfera en un día, parecen anular un tiempo que, en realidad, se suma para el hombre. Así para la conciencia de Critilo que, aun constatando y argumentando esa eternidad cíclica de la «Hermosa Naturaleza» en «El gran teatro el Mundo», deja escapar suspiros y sentimiento de pérdida cuando el barco los arranca del Paraíso del tiempo parado con el arranque del relato lineal que los lleva al mundo de los hombres.

2. PRINCIPIO DE LA ACCIÓN, TIEMPO LINEAL

El tiempo del relato estancado en la isla, lo descriptivo, contemplativo, se opone a la acción, se vuelve a poner en marcha siempre adelante, escalonado en estaciones igualadas a regiones del mundo del irreversible viaje de la vida en que no hay paso atrás.

La convención novelesca realista de que se mofa Gracián le hace sin embargo resaltar que el tiempo que invierte el barco salvador para llevarlos de Santa

³ Explicito en «El convaleciente» (*Zarathoustra*, 3ª parte).

Elena a España es tan largo⁴ que le permite a Critilo, además de contar su vida anterior, hacer la educación teórica del joven Andrenio que hará sus prácticas, a veces dolorosas, en la parte terrestre de su vida. Pero, por muy hiperbólica que sea esa mención, recalca una realidad hoy olvidada de los viajes en aquel entonces, muy azarosos, sobre todo por mar. Así, la muerte de Felipe IV el 17 de septiembre de 1665, solo fue conocida en Nueva España el 16 de mayo de 1666: siete meses después. Además, si de este a oeste, de Europa a América y vuelta, el régimen de los vientos alisios es regular y favorable, no así a lo largo de las costas africanas⁵.

Entramos de este modo en el tiempo humano articulado sobre el tiempo narrativo (Ricoeur, 1983, I: 85): «Con tan gustosa ocupación, no se sintieron las penalidades de un viaje tan penoso, y al tiempo acostumbrado aportaron a este nuestro mundo» (Gracián, *El Criticón*, I, 4, pág. 57).

Tiempo histórico

Fechas

Sin embargo, el tiempo del *Criticón* no es histórico. En efecto, si la Historia anda muy presente en la novela por alusiones o citas explícitas de hechos o personajes contemporáneos, el cuadro histórico es a la vez preciso y vago. Preciso, pues en la primera línea para situar la fecha del naufragio de Critilo, se nos indica «Ya entrambos mundos habían adorado el pie a su universal monarca el católico Filipo...». Pero es vago, pues el pretérito pluscuamperfecto queda indefinido. Se podría pensar que se trata de Felipe IV, que reinaba cuando se publica el libro. La novela empezaría cuando «ya» subiera al trono, en 1621. Critilo, en el relato de su vida, cuenta que nació en mar, a bordo del barco que llevaba a sus padres españoles hacia las Indias Orientales, a Goa, «con un grande cargo, merced del gran Filipo que en todo el mundo manda y premia» (Gracián, *El Criticón*, I, 4, págs. 49-50).

A pesar del presente de indicativo que actualiza la narración, se trata a buen seguro de Felipe II que recibió la corona de Portugal y sus colonias indias en 1580, muriendo en 1598. Critilo nace, por tanto, entre esas dos fechas, seguramente más

⁴ «Fue la navegación tan peligrosa cuan larga, pero servía de alivio la narración de sus tragedias» (Gracián, *El Criticón*, I, 4, pág. 48).

⁵ Para superar los vientos contrarios de sur a norte de las costas africanas y poder doblar el Cabo de Buena Esperanza (*Cabo de las tormentas* de los antiguos), así llamado porque abría vía marítima para la India, los portugueses iban a buscar vientos favorables tan al oeste atlántico, que percibieron una tierra lejana que se les antojó una isla que llamaron Brasilia.

cercano a la primera. Su pelo, ya cano cuando se encuentra con su hijo Andrenio, descarta a Felipe III (1598-1621) como el Filipo de la primera línea, al menos de ser un padre muy precoz de pelo cano que halla a su hijo parido no se sabe cuándo por Felisinda.

Edades

Entonces, por esas simetrías tan del gusto del autor de la *Agudeza*, con un pequeño margen de error, podemos imaginar que Critilo nace rumbo a Goa cuando «ya» o apenas Felipe II toma la corona portuguesa en 1580, y se encuentra con Andrenio cuando «ya» o apenas Felipe IV sube al trono en 1621. Gracián coloca probablemente a su héroe en los cuarenta años de la edad varonil y plenamente racional, según sus códigos, que son los de su tiempo. En efecto, Covarrubias señala que se pueden resumir las siete edades del hombre a tres globales:

«la edad verde, cuando va el hombre creciendo [la de Andrenio, primavera y estío]; la adulta, que es varón perfecto [la de Critilo, otoño varonil edad]; la que se va precipitando y disminuyendo, que es la vejez» [En que van a ser indistintos, haciéndose Andrenio un Critilo cano].

Tenemos en esas definiciones de Covarrubias los tres tomos dispares del *Criticón*, con el primero, que abarcaría dos estaciones de crecimiento de Andrenio que, en el mínimo de verosimilitud que requiere incluso una novela abstracta, no podía tener menos de diez años al salvar a Critilo, ya salido de su cueva irracional por los siete. Cabe imaginar que Critilo le lleva al menos veinte años a su hijo y, cuando este entra en los cuarenta del «Otoño de la varonil edad», Critilo, con veinte más, va aun cabiendo en ella, pero saliendo ya, rayando en la vejez que, como reza el *Diccionario de Autoridades*, «La última edad de la vida, cuyo extremo se llama decrepitud, empieza a los sesenta años».

Coherente con esos cánones aceptados de las siete edades, Gracián aun con un prudente escepticismo respecto a la astrología, irá parangonándolas, con glosa, con los siete planetas conocidos entonces en la introducción «La Rueda del Tiempo»: «Creyeron vanamente algunos de los filósofos antiguos que los siete errantes astros se había repartido las siete edades del hombre para asistirlo desde el quicio de la vida hasta los umbrales de la muerte» (Gracián, *El Criticón*, III, 10, págs. 963-964).

No voy a glosar la larga glosa de Gracián, sobre los atributos astrales idóneos de cada edad (se traducen de manera evidente en cada una de sus estaciones de la vida). Así, reina Venus de los veinte a los treinta con sus primaverales y estivales ardores; el varonil y otoñal Marte a los cuarenta, mejor tercio de la vida como Aragón de España; Júpiter del mando y mundo conquistado, a los cincuenta. Y con los cincuenta se asoma el pálido y melancólico Saturno, fatalmente, a los sesenta, «con humor y horror de viejo», con todos los tópicos achacados en los diccionarios a la vejez: queriendo «acabar con todos» porque se acaba, «enfadado y enfadando, gruñendo y riñendo, y a lo de perro viejo, royendo lo presente y lamiendo lo pasado». Y levanta acta, hace una tremenda requisitoria contra los viejos, testimoniando de esa *gerontofobia*, odio a los viejos, de que ya llevo hablando desde hace tiempo.

Da un límite al vivir nuestro jesuita: los setenta y, en los poderosos, los ochenta. Tras esos diez años del reino de Saturno, «vuelve a presidir la Luna [diosa del parto] y vuelve a niñar y a monear el hombre decrepito y caduco, con que acaba el tiempo en círculo, mordiéndose la cola la serpiente, ingenioso jeroglífico de la vida humana».

Pero, por más que se muerda la cola el tiempo, como el Ouróboros, como una ironía circular, no así la línea de vida del hombre, que no se remoja ni renueva como la naturaleza, al contrario, se deshace hasta lo peor de todo, una infancia del chocheo, ya sin porvenir primaveral.

Pero volviendo a esos puntos de referencia cronológica de los Filipos, fuera de alusiones a hechos históricos que, si bien son contemporáneos del autor omnisciente, no lo son de los personajes, el tiempo histórico del *Criticón* se esfuma en la bruma en provecho de *un tiempo mítico indeterminado*.

Queda claro que la ley del género alegórico, con su necesaria abstracción generalizadora, repugna a lo individual, a lo factual, pues a la historicidad, y se evade hacia la *intemporalidad universal*. Pero, en todo caso, con su valoración obsesiva del pasado mejor, su condena muchas veces frenética pero imprecisa del presente (pues la sátira no puede encarnarse nominalmente sin riesgo, y la imprecisión le costó caro frente a sus «padrastrós»), el libro está marcado por esa «rebelión contra el tiempo histórico» que caracteriza, según Mircea Eliade, la novela **moderna** (Eliade, 1963: 230-232). Entre la nostalgia de un pasado de grandeza concretamente caduco y el sueño utópico de un futuro alterado de escepticismo, con su dominio

del tiempo mítico de la escritura, Gracián pisotea rabiosamente un presente decepcionante del que levanta acta en el «Estado del siglo» (Gracián, *El Criticón*, I, 6) en el primer tomo, condenando sus falsos valores en la «Cueva de la nada» del último (Gracián, *El Criticón*, III, 8).

Tiempo simbólico

Se trata, claro, del de las edades de la vida, respondiendo a las estaciones del año y a las etapas geográficas de los héroes, siendo Andrenio el que está en adecuación temporal. A cada edad, a cada país corresponden vicios y virtudes características. No me voy a demorar en estos lugares comunes ni detallar «las naciones de España». Al por mayor, España corresponde a la primavera ingenua y florida de la adolescencia y al verano de los fuegos del deseo y amor; Francia es el otoño de los frutos ambiguos de la edad varonil, hipocresía, codicia, pero también cultura; mientras Alemania es «El estanco de los vicios» de la herejía, pero también de la ambición y el poder, por lo imperial seguramente, en cuanto Italia es el invierno de la impotencia, de todas las dobleces, pero también de la sabiduría antes de la muerte, por ser Roma antecámara del cielo católico.

El tiempo novelesco da señales evidentes de los pasos por las fronteras, retratos físicos y morales de los países cruzados por los dos peregrinos concordes con las estaciones de la vida, Andrenio contagiándose al pasar de los vicios estacionales y geográficos, vacunándose de ellos con la ayuda de Critilo que lo adelanta en edad y experiencia.

Tampoco me voy a extender en la pertinencia geográfica que descifré en el *Criticón*, que venía negada por la crítica graciana, con las correspondencias cronológicas precisas de las etapas del itinerario de los héroes que dan origen a ciertos episodios: fiestas, Carnaval, Corpus, San Juan, Navidad, etc, remitiendo a mi doctorado y publicaciones. Mi desafortunado colega Alain Milhou, siguiendo mis huellas, pudo precisar más el itinerario y cronología religiosa a partir de Alemania e Italia, dentro del marco del calendario anual cuya repetición ritual, cultural, si jalonea el año ficticio de la vida, diluye su alcance para alcanzar una datación histórica realista.

Espacio y tiempo de la escritura

Sin que nada se pueda probar, se puede al menos notar que necesitan seis crisis los héroes para ir del puerto de desembarque en España hasta llegar a Madrid, es decir para pasar de la primavera al estío (Gracián, *El Criticón*, I, de 6 a 12), y que

solo son tres para ir de Roma al puerto de embarque para «la Isla de la Inmortalidad» (Gracián, *El Criticón*, III, 9 a 12), o sea del puerto de (H)ostia, como si el espacio del libro se calcara relativamente sobre las distancias geográficas. Del mismo modo, el examen de un mapa demuestra que, si se trazara la línea Madrid/Viena (o Ratisbona, ciudad imperial), se obtiene un triángulo desigual en el que, naturalmente, el lado España/Austria es más largo, desigual distancia de la cual parece dar razón el espacio formal de la novela, ya que se necesitan trece crisis a los viandantes de la vida, para ir de Madrid a la sede imperial alemana, cuando solo distan diez crisis entre esta y la Ciudad eterna.

Tiempo irreversible

El Criticón raya en lo que Vladimir Jankélévitch llama la nostalgia de lo irreversible (Jankélévitch, 1974). Ese sentir, ese *sentimiento*, en el sentido también de *echar de menos*, de *extrañar*, es justamente de sentirse extraño, ajeno a un entorno nuevo insatisfactorio, como añorando otro. Así ya lo expresa Critilo entre suspiros y lágrimas al ver llegar el barco que, sin embargo, los arranca de la isla. Podían haberse quedado, ya que de todo los proveía la hermosa y buena Naturaleza, sabiendo el mentor lo que podía ser la reacción de su joven discípulo cuando descubriera ese mundo inmundo contrastado con el paradisíaco que abandonan: «¡Oh cuán otro te ha de parecer el mundo civil del natural y el humano del divino!» (Gracián, *El Criticón*, I, 5, pág. 59).

Es lo que le advertirá apenas llegando. Pero la ficción novelesca de la vida, la puesta en marcha del relato, ahora diacrónico lineal, obliga a la marcha adelante y a arrastrar el lastre de la nostalgia que tiene relación con el sentimiento humano de caducidad y la angustia de la muerte. Aquí, se acrecienta de la angustia histórica de vivir una época de decadencia para España que hace exclamar a Critilo que siempre fue mejor el pasado (Gracián, *El Criticón*, III, 10). Y resulta imposible en la ley de la vida volver atrás.

En cuanto llegan al puerto de desembarque, llamada «Entrada del Mundo» (Gracián, *El Criticón*, I, 5), se plantea el postulado de la irreversibilidad, del imposible paso atrás espacial y temporal, pues «reparó Andrenio que ninguna de las humanas huellas miraba hacia atrás: todas pasaban adelante, señal que ninguno volvía» (Gracián, *El Criticón*, I, 5, págs. 59-60). Espantado, reprochando a Critilo haberle traído a este insufrible mundo, exclama: «Yo resuelvo volverme a la cueva de mi nada», única evocación del pasado de la novela. A que responde Critilo:

Eso es lo que ya no se puede. ¡Oh cuántos volvieran atrás si pudieran! No quedarán personas en el mundo. Advierte que vamos subiendo por la escalera de la vida, y las gradas de los días que dejamos atrás, al mismo punto que movemos el pie, desaparecen: no hay por donde volver a bajar, ni otro remedio que pasar adelante. (Gracián, *El Criticón*, I, 6, pág. 92)

3. EL TIEMPO NEGADO: LA REPETICIÓN

La Rueda del Tiempo (I, 10)

Al nivel manifiesto, hay pues dos tipos de tiempo que se oponen: en la novela, el tiempo lineal del hombre que le lleva inexorablemente de la cuna a la tumba, tópico más que repetido y glosado, y el tiempo sosegador, circular, de la naturaleza eterna, regalo divino, comparativo y prometedor. De manera curiosa, el tiempo histórico nos es dado también como circular, pero desconsolador e inquietante.

Llegados a Roma, meta jesuítica de la peregrinación, o más exactamente aquí *romería* de la vida en busca de la huidiza Felisinda que ya no está en este mundo sino en el cielo (Gracián, *El Criticón*, III, 9), los dos viajeros se hallan en una feria donde el Cortesano les propone ver no solo el siglo, no solo su época, sino el porvenir (Gracián, *El Criticón*, III, 9). Indignándose Andrenio de esa magia que usurpa la omnisciencia divina (III, 10: 965), el Cortesano contesta con la teoría de los ciclos históricos: «lo mismo que fue, eso es y eso será» (III, 10, pág. 965).

Y siguen ejemplos de sesudas repeticiones históricas de sucesos como si fueran idénticas con el artificio ficcional («La Historia, no se repite, tartamudea», dijo Carlos Marx). Pero en el *Criticón* mirar el pasado es ver el futuro pero sin poderlo corregir. Nada nuevo bajo el sol, y solo las deficiencias de la memoria, o la ignorancia, hacen parecer nuevo lo que no lo es: la repetición del mal es inevitable. Peligrosa teoría rayando ya en Maquiavelo⁶: si lo peor existió ya una vez, todo es posible, pues no puede superar lo peor. Solo Roma escapa a esa fatalidad de la repetición del mal porque se restauró la Edad de Oro con los papas.

⁶ Ideas neoplatónicas de su tiempo: lo bueno solo existe en lo ideal, que no es lo terrestre material, así que todo lo malo es factible en esta tierra.

4. TIEMPO SUPERADO EN LA FICCIÓN NOVELESCA

Si Gracián manifiesta ironía sobre ese serpentino tiempo circular, la tragedia de la vida estriba en cambio, seriamente, en esa implacable línea irreversible de la vida, que lleva a esa muerte que ni respeta a los grandes hombres, ahincándose al contrario sobre ellos con preferencia (Gracián, *El Criticón*, III, 11). En la penúltima crisis de la novela, en el momento en que los dos peregrinos del mundo han franqueado todas las trampas de la vida, despejándose de las vanidades externas para enriquecerse de una sabiduría interior conquistada a duras penas, expresa este sentimiento, primera línea de «La Suegra de la Vida», la Muerte: «Muere el hombre cuando había de comenzar a vivir, cuando más persona, cuando ya sabio y prudente, lleno de noticias y experiencias [...] cuando era de más utilidad y autoridad a su casa y a su patria» (Gracián, *El Criticón*, III, 11, pág. 977). Recalca la «ley por todas partes terrible de la muerte», que no admite excepciones ni para los mayores o mejores hombres que deberían ser eternos, inmortales. Sueña con una vida que comenzara al revés, por la vejez, terminando por una sabia y triunfante juventud.

Pero, no obstante, propone un medio para superar el tiempo, la muerte y el olvido: la fama. Se le reprochó este concepto pagano y poco cristiano, profano, de la eternidad, que no es la gloria religiosa. Pero el deseo de gloria terrestre no es de condenar: es el paralelo mundano del deseo de eternidad religiosa. Lo mismo que Dios juzga al hombre en el Gran Teatro del Universo, lo acoge o rechaza, el Historiador, o el crítico, ministros de la fama, en el Gran Teatro del Mundo, le darán o no palmas, coronas, títulos, para vivir en la memoria de los hombres, distinguiendo entre ellos:

estos hombres o son insignes o vulgares. Si famosos, nunca mueren; si comunes, más que mueran. Eternízanse los grandes hombres en la memoria de los venideros, mas los comunes yacen sepultados en el desprecio de los presentes y en el poco reparo de los que vendrán. Así que son eternos los héroes y los varones inminentes, inmortales. Este es el único y el eficaz remedio contra la muerte. (Gracián, *El Criticón*, III, 12, pág. 993)

Lo que viene a decir lo ya sentado en sus precedentes libros: que la pluma del historiador o del crítico immortalizan al «candidato de la fama» que tuvo espada, pluma o pincel para merecerlo.

No vamos (aunque lo merezcamos todos) a eternizarnos o instalarnos en la «Isla de la Inmortalidad» (Gracián, *El Criticón*, III, 12), estanco también de los cisnes canoros, en que se estancan tantos postulantes a héroes, inmortales. En ese panteón, hay muchos llamados y pocos electos. Llegan temerosos con el como código QR, si no sanitario, cultural o militar de los méritos que alegan para entrar en la dichosa isla vacacional para la eternidad, que el Mérito verifica como un quisquilloso fiscal. La muerte es viva necesidad de acceso: «Ninguno parece hasta que desaparece. No son aplaudidos hasta que idos. De modo que lo que para otros es muerte, para los insignes hombres es vida» (Gracián, *El Criticón*, III, 12, pág. 993). Porque el tiempo los venga también de haber sido injustamente tratados o ignorados cuando vivos en su época.

La Isla de la Inmortalidad queda por supuesto fuera del tiempo, es algo como una ucronía librada en que no existe el miedo a la muerte, que es peor que la misma muerte. Los Héroes de la Fama viven en un eterno presente no acompasado ni acompañado de días o relojes.

5. EL TIEMPO DOMINADO

Esta utopía explícita me parece, en su misma evidencia recalcada, menos interesante que la implícita o inconsciente que gobierna el espacio y escritura del *Criticón*. Tal vez podamos sentir, en el nivel latente, una práctica de la escritura que alegorice el sueño de un tiempo suspendido, o, al menos, dominado.

La repetición

En esta novela itinerante, de viaje, la impresión paradójica que experimenta el lector, al menos yo, es de un tiempo casi inmóvil del texto que no parece, por mucho que diga, avanzar. Esa extraña sensación la produce la repetición casi mecánica del esquema de cada crisis: empieza por una alegoría o cuento introductorio, sigue una aventura que lo ilustra, un desenlace del lance muchas veces a merced de un guía providencial. Los paralelismos de construcción, las simetrías de los enredos, las repeticiones estrictas, casi maniáticas, de las mismas fórmulas de crisis a crisis y de tomo a tomo, dan vértigo. Son una parte grande de las minucias mías no menos maniáticas, que se querían exhaustivas, dejándome exhausto, de mi doctorado del 1982 y otros trabajos. Por eso, por causa de tanta cegadora proliferación de lo semejante que se tomaba por idéntico, la crítica tradicional le denegó coherencia

geográfica y dinámica al itinerario de los dos peregrinos que parecían plantados *in situ*, como tal vez en la vieja técnica de cine en que los personajes al primer plano están inmóviles mientras se mueve un vago paisaje en el exterior.

Frase

Por otra parte, la frase conceptista de Gracián como si fuera una «mise en abyme», un intrincamiento de la novela barroca en su misma escritura, igual que esos mismos caminos de la vida sembrados de engaños, lejos de correr al desenlace del sentido, está sembrada de trampas semánticas, de juegos de palabras, de obstáculos formales que se tienen que resolver antes de poder seguir. La lectura está siempre estorbada, frenada su carrera como los dos viajeros que tienen que dar razón de las sinrazones que impiden su camino. En suma, ese tipo de escritura que no es sencillamente horizontal, sintagmático, sino vertical, paradigmático (en terminología musical diría no solo melódico, sino polifónico, por tantos ecos y sonoridades que siempre remiten a lo de atrás), amén de la repetición de esquemas, son un freno a la linealidad discursiva y fugaz de ese tiempo que nos escapa inexorablemente y que parece aquí estancarse las más veces, como si metaforizara, tal vez inconscientemente, el deseo de retener, detener el hilo único de la vida, no dejando correr la línea de la frase.

Dominar el tiempo por la escritura

Abriendo en una isla, se cierra el círculo del viaje en otra isla, con el final de una vida que acaba donde otra puede nacer. La *Isla de la Inmortalidad*, punto final del libro en el océano de la escritura, en el mar literal y literario de tinta que cruzan para abordar en ella, nos devuelve a la del principio, al collar del tiempo circular.

Al estudiar tantas simetrías, que corresponden a arquitecturas y a lo que llamé *arquitextura* ya tan observadas y analizadas en la *Agudeza*, adelanté mi vieja hipótesis de un naufragio simétrico al del principio durante la última travesía en que un Andrenio viejo y cano, hecho un Critilo de prudencia y sabiduría, fuera salvado a su vez por otro ángel juvenil del cual se haría el mentor sobre los caminos de una vida que recorrer otra vez. La vistosa ausencia de la crisis trece en el último tomo es como una incitación para el lector, invitado explícitamente por el autor a llenar sus propios vacíos en los márgenes de este tomo, y suplir por sí solo este capítulo ausente que llevaría de vuelta de esta isla como punto final de la frase del libro entero, a la primera, la de la salida, en esa circularidad soñada de un tiempo, imagen

de la eternidad, que responde también geográficamente a la redondez de la tierra, como también he explicado.

El arte immortaliza al artista: lo dice y repite Gracián. Y cómo no recordar con emoción la nota a su lector de este último tomo, «Al que leyere», que suena a confesión propia en que expresa el sueño de un buen libro, una obra «tan breve que se pudiera tomar de memoria, o tan larga que nunca se acabara de leer». Breves, unos de sus libros; largo, este «curso de [la] vida» en un discurso prometido en la primera nota del primer tomo: equivalencia perfecta entre libro y vida, y entre leer y vivir. Pues recuérdese el propio grito de Critilo: «¡Oh, vida! No habías de comenzar, pero ya que comenzaste, no habías de acabar». Todo el sueño de Gracián de un libro de vida que nunca se cesaría de leer, de escribir.

OBRAS CITADAS

- CORREA CALDERÓN, Evaristo, ed., Baltasar Gracián, *El Criticón*, Madrid, Espasa-Calpe, 1971.
- ELIADE, Mircea, *Aspects du mythe*, París, Gallimard, 1963.
- GENETTE, Gérard, *Seuils*, París, Seuil, 1987.
- GRACIÁN, Baltasar, *El Criticón*, ed. de Evaristo Correa Calderón, Madrid, Espasa-Calpe, 1971.
- JANKÉLÉVITCH, Vladimir, *L'Irréversible et la nostalgie*, París, Flammarion, 1974.
- NIETZSCHE, Frédéric, *Ainsi parlait Zarathoustra*, París, Gallimard, 1985.
- PELEGRÍN, Beinto, *Éthique et esthétique du baroque. L'espace jésuitique de Baltasar Gracián*, Actes Sud, 1986.
- RICOEUR, Paul, *Temps et récit*, París, Seuil, 1983.